



CAPACIDADES

- Analiza los elementos estéticos utilizados en las obras de autores paraguayos e iberoamericanos.
- Identifica rasgos socioculturales presentes en las obras.
- Analiza los estilos lingüísticos de los textos estudiados.
- Interpreta los mensajes transmitidos en textos literarios.
- Produce textos orales argumentativos con características de cohesión y coherencia.
- Interpreta mensajes transmitidos en textos escritos.
- Aplica normas gramaticales y ortográficas en sus producciones. Énfasis en casos de concordancia nominal y verbal. (con especial énfasis en los casos de concordancia de verbos en las oraciones subordinadas). Uso correcto del gerundio.
- Emite juicios de valor acerca de las actitudes de los personajes, los valores sociales, los antivalores, las costumbres, los problemas del hombre, entre otros temas tratados en las obras leídas.

4

unidad

Conflicto generacional

Lectura

Leemos el texto que ilustra el conflicto generacional.



La violencia, dice Vargas Llosa, “es una especie de fatalidad en este mundo”. Allí, en todo caso, aparece al desnudo. Pero, en la visión de Vargas Llosa, no es de ninguna manera una característica peculiar del mundo adolescente sino un mal pandémico, común a toda sociedad humana, y muy particularmente a la suya, donde la estratificación social se ha petrificado hasta eliminar toda posibilidad de progreso pacífico. Fuera del colegio la lucha toma una forma más parabólica, sinuosa, pero continúa con la misma tenacidad.

“En un sentido general. Yo creo que la misma vida en sociedad impone al hombre una serie de pruebas constantes, de pugnas permanentes, que de acuerdo con la cultura de la comunidad, el grado de desarrollo del medio en que vive, van a ser más manifiestas o más indirectas. En un país subdesarrollado ese tipo de manifestaciones es epidérmico exterior. No hay posibilidades de diálogo, de discusión, de debate, canales. . . Yo creo que en un país como el mío la violencia está en la base de todas las relaciones humanas. Se halla omnipresente en todos los instantes de la vida de un individuo. El individuo se afirma. Se consolida socialmente venciendo resistencias de toda índole. La personalidad se forma imponiéndose a los otros. Hay una especie de jungla de la que no hay escapatoria posible. Fundamentalmente se debe al hecho de que el Perú es un país donde las estructuras sociales están basadas exclusivamente en una especie de injusticia total que abarca todas las manifestaciones de la vida. La violencia se manifiesta, según la escala social, de una manera primitiva, exterior, como puede ser el caso en una institución militarizada, donde eso está reglamentado y además reivindicado -el hecho mismo de considerar la virilidad, el machismo y la hombría como las grandes cualidades del ser humano lo demuestran, o si no, de una manera muy indirecta, muy insidiosa, muy hipócrita, como puede ser el caso de las familias que pertenecen a una alta burguesía, que no tienen la impresión de ser los beneficiarios de la violencia ambiente pero de todos modos están condicionados por ella”.

Para Vargas Llosa esta violencia no es solo un factor

La palabra conflicto deriva del latín *conflictus*, significa choque, lucha.

Los conflictos son temas frecuentes de las obras literarias de antigua data. La literatura los registra.

Conflictos entre padres e hijos, producidos por el paternalismo. Conflictos entre hijos y padres, por falta de concordancia sobre temas de la vida. Conflicto entre jóvenes y adultos, porque estos no aceptan a los mayores pues los consideran atrasados y tradicionalista. Conflicto por el choque entre dos culturas.

Conflicto producido por el contraste entre el sentimentalismo producido por el apego a las tradiciones y el sentido práctico y progresista de espíritu renovador.

Conflicto generado por los prejuicios raciales.

Conflicto generacional producido por la edad, los viejos y los jóvenes.

Conflicto producido por las ideas anárquicas y las conservadoras.

Conflicto producido entre riqueza-pobreza.

Para la psicología es “Estado psíquico” de un individuo cuando se encuentra ante dos o más motivaciones incompatibles.

Conflicto social. Es la oposición o enfrentamiento entre grupos sociales, entre los miembros de un grupo, que surge de la competencia por el poder, el status social, la supremacía de ideas o cosmovisiones, o la posesión de recursos materiales.

El conflicto social aparece cuando dos grupos o personas defienden objetivos opuestos, utilizan medios incompatibles o excluyentes, intentan poseer el mismo objetivo situándose en el mismo espacio y desean desempeñar el mismo rol, en obtener una misma función.

En: Diccionario de las Ciencias de la Educación. Aula Santillana, 1996. p. 305.

condicionante, sino determinante, de la vida humana. Lo sabe por experiencia personal. Dice: “Yo creo que uno no puede escribir sino en función de una experiencia personal. Ahora, mi vida ha sido bastante especial, ha sido bastante marcada además por una serie de hechos violentos. Yo fui un niño muy mimado, muy engreído, criado, supongo, casi como una niña. Tanto que yo debía ser extraordinario cuando mi madre me metió en el colegio a los cinco años (en Cochabamba). Eso me creó un gran problema. Mis compañeros del colegio siempre mayores que yo. Había un desnivel. Eso se presentó después cuando llegué al Perú, al quinto año de primaria. Yo era un muchacho de diez años; mis compañeros, de trece y catorce años, eran ya hombrecitos. Fue un año horrible. Entré un poco ya al mundo de los mayores”. Después fue el Leoncio Prado. “Mi padre me mandó allí”.

El padre de Vargas Llosa, un periodista que trabajaba para la International News Service, fue por mucho tiempo un ausente en su vida. “Lo conocí muy tarde. Estuve convencido de que había muerto. Cuando lo descubrí ya no había ninguna posibilidad de comunicación con él. Nos llevamos muy mal los años que vivimos juntos. Él tenía una manera de ser muy distinta. Tenía una especie de desconfianza de mí, y yo de él. Éramos casi dos extraños. Él deploraba que yo hubiera sido criado entre mimos y consentimientos y que fuera un niño caprichoso y blando. Pensó que el Leoncio Prado haría de mí un hombre”¹.

Vocabulario propio del tema

*campo-ciudad
rico-pobre
educado-ignorante
campesino-ciudadino
poder - subordinación
viejo-joven
imberbe-barbudo
crápula-honesto
anticuado-renovador
progresista-tradicionalista-anárquico
negro-blanco
inmaduro- criterioso
primermundo-tercermundo*

Camino hacia la lectura

1. Leemos atentamente las explicaciones sobre el significado de la palabra conflicto.
2. Ejemplificamos los casos de conflicto.
3. Evaluamos nuestro trabajo con una lista de control.

Vida amorosa conflictiva de

LA TÍA JULIA Y EL ESCRIBIDOR

de Mario Vargas Llosa, peruano



XIX

JAVIER nos llamó por teléfono desde Lima a las siete de la mañana. La comunicación era pésima, pero ni los zumbidos ni las vibraciones que la interferían disimulaban lo alarmado que estaba su voz.

— Malas noticias —me dijo, de entrada—. Montones de malas noticias. A unos cincuenta kilómetros de Lima, el colectivo donde él y Pascual regresaban la víspera, se salió de la carretera y dio una vuelta de campana en el arenal. Ninguno de los dos se hirió, pero el chofer y otro pasajero habían sufrido contusiones serias; fue una pesadilla conseguir, en plena noche, que algún auto se detuviera y les echara una mano. Javier había llegado a su pensión molido de fatiga. Allí recibió un susto todavía mayor. En la puerta la esperaba mi padre. Se le había acercado, lívido, le había mostrado un revólver, lo había amenazado con pegarle un tiro si no revelaba al instante donde estábamos yo y la tía Julia. Muerto de pánico (“Hasta ahora sólo había visto revólveres en película, compadre”), Javier le juró y requetejuró por su madre y por todos los santos que no lo sabía, que no me veía hacía una semana. Por último, mi padre se había calmado algo y le había dejado una carta, para que me la entregara en persona. Aturdido con la que acababa de ocurrir, Javier (“qué nohecita, Varguitas”), apenas se fue mi padre decidió hablar inmediatamente con el tío Lucho, para saber si mi familia materna había llegado también a esos extremos de rabia. El tío Lucho lo recibió en bata. Habían conversado cerca de una hora. Él no estaba colérico, sino apenado, preocupado, confuso. Javier le confirmó que estábamos casados con todas las de la ley y le aseguró que él también había tratado de disuadirme, pero en vano. El tío Lucho sugería que volviéramos a Lima cuanto

(1) Hars Luis. *Los Nuestros*, Ed. Sudamericana. p p. 432-433.

antes, para coger al toro por los cuernos y tratar de arreglar las cosas.

— El gran problema es tu padre, Varguitas —concluyó su informe Javier—. El resto de la familia se irá conformando poco a poco. Pero él está echando chispas. ¡No sabes la carta que te ha dejado! Lo reñí por leerse las cartas ajenas, y le dije que regresáramos a Lima de inmediato, que a mediodía pasaría a verlo a su trabajo o que lo llamaría por teléfono. Le conté todo a la tía Julia mientras se vestía, sin ocultarle nada, pero tratando de restar truculencia a los hechos.

— Lo que no me gusta nada es lo del revólver —comenta la tía Julia—. Supongo que a quien querrá pegarle un tiro será a mí, ¿no? Oye, Varguitas, espero que mi suegro no me mate en plena luna de miel. ¿Y lo del choque? ¡Pobre Javier! ¡Pobre Pascual! En qué lío los hemos metido con nuestras locuras. No estaba asustada ni apenada en absoluto, se la veía muy contenta y resuelta a enfrentar todas las calamidades. Así me sentía yo también. Pagamos el hotel, fuimos a tomar un café con leche a la Plaza de Armas y media hora después estábamos otra vez en la carretera, en un viejo colectivo, rumbo a Lima. Casi todo el trayecto nos besamos, en la boca, en las mejillas, en las manos, diciéndonos al oído que nos queríamos y burlándonos de las miradas intranquilas de los pasajeros y del chofer que nos espiaba por el espejo retrovisor. Llegamos a Lima a las diez de la mañana. Era un día gris, la neblina afantasmaba las casas y las gentes, todo estaba húmedo y uno tenía la sensación de respirar agua. El colectivo nos dejó en la casa de la tía Olga y el tío Lucho. Antes de tocar la puerta, nos apretamos con fuerza las manos, para darnos valor. La tía Julia se había puesto seria y yo sentí que el corazón se me apuraba.

Nos abrió el tío Lucho en persona. Hizo una sonrisa que le salió terriblemente forzada, besó a la tía Julia en la mejilla y me besó a mí también.

— Tu hermana está todavía en cama, pero ya despierta —le dijo a la tía Julia, señalando el dormitorio—. Entra nomás.

Él y yo fuimos a sentarnos a la salita desde la cual se veía el Seminario de los jesuitas, el Malecón y el mar, cuando no había neblina. Ahora sólo se distinguían, borrosas, la pared y la azotea de ladrillos rojos del Seminario.

— No te voy a jalar las orejas porque ya estás grande para que te jalen las orejas —murmuró el tío Lucho. Se lo veía realmente abatido, con señales de desvelo en la cara—. ¿Al menos sospechas en lo que te has metido?

— Era la única manera de que no nos separaran —le repuse, con las frases que tenía preparadas— Julia y yo nos queremos. No hemos hecho ninguna locura. Lo hemos pensado y estamos seguros de lo que hicimos. Te prometo que vamos a salir adelante.

— Eres un mocoso, no tienes una profesión ni donde caerte muerto, tendrás que dejar la Universidad y romperte el alma para mantener a tu mujer —susurró el tío Lucho, prendiendo un cigarrillo, moviendo la cabeza—. Te has puesto la sogá al cuello tú solito. Nadie se conforma, porque en la familia todos esperábamos que llegarías a ser alguien. Da pena ver que por un capricho te has zambullido en la mediocridad.

— No voy a dejar los estudios, voy a terminar la Universidad, voy a hacer las mismas cosas que hubiera hecho sin casarme —le aseguré yo, con ímpetu—. Tienes que creerme y hacer que la familia me crea. Julia me va a ayudar, ahora estudiaré, trabajaré con más ganas.

— Por lo pronto, hay que calmar a tu padre, que está fuera de sus casillas —me dijo el tío Lucho, ablandándose de golpe. Ya había cumplido con jalarme las orejas y ahora parecía dispuesto a ayudarme—. No entiende razones, amenaza con denunciar a Julia a la policía y no sé cuántas cosas.

Le dije que hablaría con él y procuraría que aceptara los hechos. El tío Lucho me miró de pies a cabeza: era una vergüenza que un flamante novio estuviera con la camisa sucia, debería ir a cambiarme y bañarme, y de paso tranquilizar a los abuelitos, que estaban muy inquietos. Conversamos todavía un rato, y hasta tomamos un café, sin que la tía Julia saliera del cuarto de la tía Olga. Yo afinaba el oído tratando de descubrir si había llanto, gritos, discusión. No, ningún ruido atravesaba la puerta. La tía Julia apareció por fin, sola. Venía arrebatada, como si hubiera tomado mucho sol, pero sonriendo.



Mario Vargas Llosa (1936)

Nació en Arequipa, Perú. Su producción integró el grupo denominado "boom" de la novela hispanoamericana que impulsó una gran calidad literaria. La década de los sesenta para la novela de Hispanoamérica fue una etapa de máximo esplendor, coincide en esta época un grupo que deja patente su calidad literaria con obras de gran mérito. Vargas Llosa es uno de los primeros, publica *La ciudad y los perros* en 1962, novela con la cual obtuvo el premio Biblioteca breve de 1962 y el Premio de la Crítica en 1963, esta obra fue traducida a varios idiomas y alcanzó éxito con el apoyo de la crítica. *La ciudad y los perros* desarrolla su acción en un colegio militar de Lima que el autor conoció pues vivió en él durante dos años. En la obra presenta la institución militar como un ambiente cerrado, obsesivo; de corrupción y de violencia. La complejidad técnica de esta obra consiste en la superposición de acciones, personajes y tiempos. Los monólogos interiores ayudan a lograr la intensa impresión de realidad. Por este doble camino de realidades brutales y experimentación formal transita *La Casa Verde* (1966), ambientada en un modesto prostíbulo. *Conversaciones en la Catedral*, novela larga. En la "Catedral", un bar modesto de Lima, dos personas hablan de sus vidas fracasadas y con libertad técnica se va evocando todo un mundo donde la realidad peruana es reflejada en toda su degradación social y política. *Pantaleón y las visitadoras* (1973), de tono humorístico. *La Tía Julia y el escribidor* (1977), obra en la que el testimonio personal se con-

vierte en verdadera confesión, al incluir a su familia, su primera esposa y a él como personajes. *La Tía Julia, y el Escribidor*, el título de la obra anuncia su estructura desarrollada en dos niveles que corren paralelos en perfecta alternancia. La tía Julia con quien el narrador mantendrá una relación amorosa, Varguitas, el futuro escritor. Por el otro, el escribidor Pedro Camacho, autor de series de radioteatro que, sometido a una actividad superior a sus fuerzas, cae en un deterioro mental y finalmente, incluso inesperado, Vargas sustituirá temporalmente a Pedro Camacho en la actividad folletinesca. *La Tía Julia y el escribidor* es el relato de una "Educación Sentimental", que es a la vez el aprendizaje de la vida, el del oficio de escritor y el de los sentimientos adultos de "Varguitas". La Historia del escribidor constituye una rica experiencia técnica cuya capacidad imaginativa está a la altura de la otra historia y ejerce una sabia función de contrapunto.

Otros títulos: *La Guerra del fin del mundo* (1981). *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986) y *Lituma en los Andes* (1963). La Producción literaria de Vargas Llosa responde a tres aspectos: el autobiografismo, que la proyecta en 3ª persona; la novela "totalizadora", que refleja la realidad y la novela "neorrealista", donde la realidad es materia poética.

— Por lo menos estás viva y enterita —dijo el tío Lucho—. Pensé que tu hermana te jalaría de las mechas.

— El primer momento casi me pega una cachetada —confesó la tía Julia, sentándose a mi lado—Me ha dicho barbaridades, por supuesto. Pero parece que, a pesar de todo, puedo seguir en la casa, hasta que se aclaren las cosas.

Me paré y dije que tenía que ir a Radio Panamericana: sería trágico que, precisamente ahora, perdiera el trabajo. El tío Lucho me acompañó hasta la puerta, me dijo que volviera a almorzar, y cuando, al despedirme, besé a la tía Julia, lo vi que sonreía.

Corrí a la bodega de la esquina a telefonar a mi prima Nancy y tuve la suerte de que ella misma contestara la llamada. Se le fue la voz al reconocerme. Quedamos en encontramos dentro de diez minutos en el Parque Salazar. Cuando llegué al parque, la flaquita estaba ya allí, muerta de curiosidad. Antes de que me contara nada, tuve que narrarle toda la aventura de Chinchá y responder a innumerables preguntas suyas sobre detalles inesperados, como, por ejemplo, qué vestido se había puesto la tía Julia para el matrimonio. Lo que le encantó y celebró a carcajadas (pero no me creyó) fue la ligeramente distorsionada versión según la cual el alcalde que nos había casado era un pescador negro; semicalato y sin zapatos. Por fin, después de esto, conseguí que me informara cómo había recibido la noticia la familia. Había ocurrido lo previsible: ir y venir de casa a casa, conciliábulos efervescentes, telefonazos innumerables, copiosas lágrimas, y, al parecer, mi madre había sido consolada, visitada, acompañada, como si hubiera perdido a su único hijo. En cuanto a Nancy, la habían acosado a preguntas y amenazas, convencidos de que era nuestra aliada, para que dijera dónde estábamos. Pero ella había resistido,

negando rotundamente, y hasta derramó unos lagrimones de cocodrilo que los hicieron dudar. También la flaca Nancy estaba inquieta con mi padre:

— No se te vaya a ocurrir verlo hasta que se le pase el colerón —me advirtió—. Está tan furioso que podría desaparecerte.

Mientras caminaba a casa de los abuelos, iba pensando dónde diablos podríamos refugiarnos esas dos semanas. Sin haber resuelto el problema llegué a casa de los abuelitos y allí me encontré con mi madre. Estaba en la sala y, al verme, rompió en un llanto espectacular. Me abrazó con fuerza, y, mientras me acariciaba los ojos, las mejillas, me hundía los dedos en los cabellos, medio ahogada por los sollozos, repetía con infinita lástima: "Hijito, cholito, amor mío, qué te han hecho, qué ha

Conflictos que presenta la obra *La tía Julia y el Escribidor*

En la obra *La Tía Julia y el escribidor*, el romance entre Julia (35 años, divorciada) y Varguitas (18 años) estudiante y escritor en ciernes da lugar a:

El enfrentamiento familiar: entre "Varguitas y su padre cuando éste se entera de la decisión de su hijo"

- Varguitas y sus familiares (Tíos)
- La tía Julia y sus hermanos (hermana y cuñado)
- Conflicto con la ley, Varguitas solamente contaba con 18 años y no tenía el permiso de sus padres para casarse. Y muchas otras situaciones que podrás identificar en la obra, cuya lectura es fundamental.

Valoración

Concluimos, el novelista Mario Vargas Llosa es de indiscutido mérito literario, tomando la realidad como tema de sus narraciones, se introduce en mundos míticos sacados de su vida del Perú. Con los datos de su propia experiencia construye los argumentos y tramas de las novelas, de su país recoge los aspectos sociales del mundo actual que deben ser denunciados.

Su innegable pasión literaria, su rigurosa disciplina artística y su constante defensa del género novelístico, como una forma superior del quehacer artístico contribuyeron a darle todavía más destaque en el mundo intelectual. El interés crítico que su obra ha provocado se manifiesta en los numerosos libros, trabajos y estudios que se le han dedicado. Su formación, su producción y su madurez literaria las adquirió en Europa (París, Londres y Barcelona). Toda su obra es una reconstrucción imaginaria de vivencias íntimas o colectivas de la realidad de su país, con la única excepción de "La guerra del fin del Mundo", que ocurre en el Brasil.

hecho contigo esa mujer”. Hacía cerca de un año que no la veía y, pese al llanto que le hinchaba la cara, la encontré rejuvenecida y apuesta. Hice lo posible por calmarla, asegurándole que no me habían hecho nada, que yo solito había tomado la decisión de casarme. Ella no podía oír mencionar el nombre de su recientísima nuera sin que recrudesciera su llanto; tenía raptos de furia, en los que llamaba a la tía Julia “esa vieja”, “esa abusiva”, “esa divorciada”. De pronto, en medio de la escena, descubrí algo que no se me había pasado por la cabeza: más que el que dirán la hacía sufrir la religión. Era muy católica y no le importaba tanto que la tía Julia fuese mayor que yo como que estuviera divorciada (es decir, impedida de casarse por la Iglesia). Por fin conseguí apaciguarla, con ayuda de los abuelos. Los viejecitos fueron un modelo de tino, bondad y discreción. El abuelo se limitó a decirme, mientras me daba en la frente el seco beso de costumbre: “Vaya, poeta, por fin se te ve, ya nos tenías preocupados”. Y la abuelita, después de muchos besos y abrazos, me preguntó al oído, con una especie de recóndita picardía, muy bajito, para que no fuera a oír mi mamá: “Y la Julita está bien?”.

Después de darme un duchazo y cambiarme de ropa —sentí una liberación al botar la que llevaba puesta hacía cuatro días— pude conversar con mi madre. Había

dejado de llorar y estaba tomando una taza de té que le había preparado la abuelita, quien, sentada en el brazo del sillón, la acariciaba como si fuese una niña. Traté de hacerla sonreír, con una broma que resultó de pésimo gusto (“pero, mamacita, deberías estar feliz, si me he casado con una gran amiga tuya”), pero luego toqué cuerdas más sensibles jurándole que no dejaría los estudios, que me recibiría de abogado y que, incluso, a lo mejor cambiaba de opinión sobre la diplomacia peruana (“los que no son idiotas son maricas, mamá”) y entraba a Relaciones Exteriores, el sueño de su vida. Poco a poco se fue desendureciendo, y, aunque siempre con cara de duelo, me preguntó por la Universidad, por mis notas, por mi trabajo en la Radio y me riñó por lo ingrato que era ya que apenas le escribía. Me dijo que mi padre había sufrido un golpe terrible: el también ambicionaba grandes cosas para mí, por eso impediría que “esa mujer” arruinara mi vida. Había consultado abogados, el matrimonio no era válido, se anularía y la tía Julia podía ser acusada de corruptora de menores. Mi padre estaba tan violento que, por ahora, no quería verme, para que no ocurriera “algo terrible”, y exigía que la tía Julia saliera en el acto del país. Si no, sufriría las consecuencias.

ANÁLISIS Y COMENTARIO



Pautas sugeridas para el trabajo grupal

1. Leemos atentamente el texto *La tía Julia y el escribidor* (frag.). Nos organizamos en grupos de 3 ó 4 integrantes.
2. Reconocemos y escribimos el tema.
3. Explicamos la situación que plantea la vuelta de los recién casados.
4. Identificamos otros conflictos que figuran en el texto.
5. El coordinador de cada grupo presenta ante la clase el trabajo.
6. Elaboramos conclusiones y las recogemos en un esquema.
7. Las escribimos en la pizarra.
8. El profesor nos evalúa.

Después de la lectura

Comparamos los estilos de Mario V. Llosa en *La tía Julia y el escribidor* con el estilo de Josefina Plá en el cuento *El espejo*.

CAMPO REFERENCIAL



La novela hispanoamericana

La nueva novela hispanoamericana se caracteriza por rasgos tales como:

Ampliación temática y en especial la preferencia por las novelas urbanas: Cortázar y Fuentes. Del ámbito rural recibirá un tratamiento diferente, es el caso de García Márquez, Rulfo y otros.

Integración de lo real y lo fantástico. El realismo mágico que expresa lo increíble, lo extraño.

La **estructura del relato** es objeto de experimentaciones como: ruptura de la línea argumental, cambio del punto de vista al “rompecabezas temporal”, “contrapuntos”, combinación de las personas narrativas, estilo indirecto, libre, monólogo interior, etc. El lenguaje con superposiciones de estilos y registros, con distorsiones sintácticas, utilización del lenguaje poético.

La estrategia del escritor consiste en sugerir un clima sobrenatural sin apartarse de la naturaleza y su táctica es deformar la realidad.

Enrique Anderson Imbert



LINGÜÍSTICA

1. Oraciones subordinadas sustantivas

Funciones Nexos

Hemos definido en una unidad anterior que las oraciones compuestas o complejas pueden clasificarse en coordinadas (Pedro saludó y Juan contestó) y subordinadas (adjetivas, sustantivas y adverbiales).

Las oraciones subordinadas sustantivas son oraciones incluidas en una oración compleja que se comporta sintácticamente como un sustantivo: Me gusta el deporte. Me gusta que mis amigos hagan deporte. Dijo la verdad. Dijo que Juan había sido un buen deportista.

Una oración subordinada es sustantiva si puede ser sustituida por un sustantivo o por los pronombres *eso*, *esto*: A Juan le preocupa que los niños no hayan venido todavía. A Juan le preocupa su tardanza. A Juan le preocupa eso.

Para realizar el análisis sintáctico de una oración subordinada se siguen los siguientes pasos.

1. Subraya y analiza cada uno de los verbos que aparece en la oración.
2. Subraya los elementos que funcionan como nexo.
3. Separa la oración subordinada y determina qué función cumple en la oración compleja.
4. Analiza la función de los componentes de la oración compleja.
5. Analiza la oración subordinada como si se tratara de una oración simple

1.1. Funciones de las oraciones subordinadas sustantivas

Las oraciones subordinadas sustantivas pueden cumplir en la oración compleja las mismas funciones sintácticas que cualquier sustantivo o grupo nominal.

Funciones	Ejemplos	
sujeto	Grupo nominal	Me gusta tu presencia.
	Oración subordinada sustantiva	Deseo que estés aquí, (sub. sust.)
Complemento directo	Grupo nominal	Juan nos contó su viaje.
	Oración subordinada sustantiva	Juan afirmó que su viaje fue un éxito.
Complemento indirecto	Grupo nominal	Dedica muchas horas a sus hijos.
	Oración subordinada sustantiva	Dedica muchas horas a que sus hijos estudien.
Complemento de régimen	Grupo nominal	Se ocupa de su trabajo.
	Oración subordinada sustantiva	Se ocupa de que su trabajo sea bueno (sub. sust.)
Complemento circunstancial	Grupo nominal	Salió sin despedirse.
	Oración subordinada sustantiva	Salió sin que lo oyéramos (sub. sust.)
Complemento de un nombre	Grupo nominal	No hay duda de su honradez.
	Oración subordinada sustantiva	No hay duda de que es una persona honrada.
Complemento de un adjetivo	Grupo nominal	Está contento de su trabajo.
	Oración subordinada sustantiva	Está contento de que su trabajo satisfaga.
Complemento de un adverbio	Grupo nominal	Hablamos antes de su partida.
	Oración subordinada sustantiva	Hablamos antes de que fuera de viaje.

1.2. Nexos

Las palabras que cumplen la función de nexo introductor de las oraciones subordinadas sustantivas pertenecen a distintas categorías gramaticales. Observemos el cuadro que aparece a continuación:

Conjunciones	Pronombres interrogativos	Adverbios interrogativos
Que, si, que si	quién, cuál, qué	cuándo, dónde, cuánto, cómo

• La conjunción “que” introduce oraciones subordinadas sustantivas con cualquier función sintáctica. Cuando la oración introducida cumple la función de sujeto, puede aparecer precedida del determinante *el*: El que no hayan venido a su fiesta le molesta.

Si la conjunción que va ante una subordinada sustantiva que no sea sujeto, complemento directo o atributo, necesita ir precedida de una preposición: Se alegró mucho de que hiciera buen tiempo; Está convencida de que sus amigos volverán; Salieron de clase sin que el profesor les diera permiso.

Omisión del nexo que

La conjunción *que* puede omitirse con verbos que indican ruego o deseo: *Les ruego me envíen....* Esta omisión se produce en el lenguaje escrito, en situaciones formales y es un rasgo propio del lenguaje jurídico-administrativo: *Le rogamos rellene la solicitud con la mayor claridad.*

También se omite cuando hay coordinación de dos oraciones subordinadas sustantivas: *Dijo que no vendrían a cenar y se quedarían en casa.*

En las oraciones subordinadas sustantivas, la conjunción que no debe confundirse con otros dos tipos de que. Observa los ejemplos que aparecen a continuación:

<p><u>Que</u> conjunción (introduce una <u>Que</u> pronombre <u>Que</u> partícula subordinada relativo comparativa o consecutiva sustantiva).</p>		
El hombre dijo que se iba.	La joven a la que vimos es mi prima.	Escribe más que lee.

2. Oraciones subordinadas sustantivas con función de sujeto

Las siguientes oraciones subordinadas sustantivas cumplen la función de sujeto de la oración compleja en la que se incluyen:

- A Juan le avergüenza que su hermano se comporte mal.
- El que haya ganado premio significa que mucho trabajó.
- Está claro que han entendido el problema de matemática.
- No se sabe quién lo hizo.
- Les preocupa dónde pasa las noches los fines de semana.
- No me interesa si has ido al cine o al teatro.

Como podemos comprobar en los ejemplos anteriores, las oraciones subordinadas sustantivas cumplen la función de sujeto:

- Aparecen introducidas por las conjunciones que, si o por un pronombre interrogativo (quién, qué, cuál) o adverbio interrogativo (cuándo, cómo, cuánto, dónde).
- Los nexos que y si nunca aparecen precedidos de preposición.
- La conjunción que puede ir acompañada del artículo el: El que hayan ganado el partido significa el ascenso automático.

Para comprobar que una oración subordinada sustantiva cumple la función de sujeto, sustituimos la oración por un pronombre o por un sustantivo equivalente y comprobamos que tanto en singular como en plural se mantiene la concordancia: A Juan le avergüenza que su hermano se comporte mal; A Juan le avergüenza eso; ----A Juan le avergüenzan esas cosas.

Yo le dije que no me importaba. Yo le dije eso
Por eso pedí que pusieran acá ese ropero. Por eso pedí eso.

3. Oraciones subordinadas sustantivas con función de complemento verbal

Las oraciones subordinadas sustantivas, como los sustantivos y los grupos nominales, pueden desempeñar distintas funciones de una oración compleja.

Complemento directo: Les dijo que se retiraran.

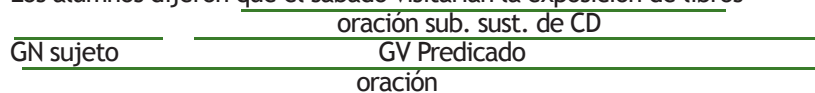
Complemento indirecto: Los maestros insisten que sus alumnos asistan a clase.

Complemento de régimen: Los jóvenes se ocupan de que sus actividades deportivas ocupen su tiempo libre.

Complemento circunstancial: El alumno se retiró sin que le dieran permiso.

La representación gráfica del análisis sintáctico de estas oraciones refleja la inclusión de la oración subordinada sustantiva en el grupo verbal predicado de la oración compleja:

Los alumnos dijeron que el sábado visitarían la exposición de libros



3.1. Oraciones subordinadas sustantivas con función de complemento directo

Las oraciones subordinadas sustantivas que aparecen destacadas cumplen la función de complemento directo del verbo de la oración compleja en la que se incluyen:

- Nos preguntó cuándo había llegado de sus vacaciones.
- Les dijo a sus compañeros que estaba enferma.
- No sabía si saldría de viaje al día siguiente.
- Les ruego disculpen mi intromisión.

Al observar con atención las oraciones anteriores, comprobamos que las oraciones subordinadas sustantivas en función de complemento directo:

Expresión de la duda

Las oraciones subordinadas sustantivas introducidas por la conjunción si pueden expresar duda: No sé si vendrá hoy o no.

- Pueden aparecer sin ningún tipo de nexo o introducidas por las conjunciones que, si o por los pronombres o adverbios relativos.
- Los nexos no van precedidos de preposición.
- Como cualquier sustantivo o grupo nominal con función de complemento directo, pueden ser substituidas por el pronombre personal lo:
Nos preguntó cuándo había llegado el último tren: Nos lo preguntó.
No sabía si saldría de viaje al día siguiente.No lo sabía.

3.2. Oraciones subordinadas sustantivas con función de complemento indirecto

- Aunque son poco frecuentes, existen oraciones sustantivas en función de complemento indirecto: Los padres dan mucha importancia a que sus hijos asistan a clase.
Este tipo de oraciones presentan las siguientes características:
- Aparecen introducidas por las conjunciones que o si, precedidas de la preposición a.
 - Como los grupos nominales que cumplen esta función, se substituyen por el pronombre le de complemento indirecto: Los padres le dan importancia.

3.3. Oraciones subordinadas sustantivas con función de complemento de régimen

- Aparecen introducidas por las conjunciones que o si, precedidas siempre de preposición: Confío en que llegarán a tiempo; Dudo de si encontrará el camino.
Como ocurre cuando la función de complemento de régimen la desempeña un sustantivo o un grupo nominal, las oraciones subordinadas sustantivas que cumplen esta función se pueden substituir por un pronombre precedido de preposición: Confío en que llegarán a tiempo. Confío en eso.

3.4. Oraciones subordinadas sustantivas en función de complemento circunstancial

- Circunstancial de modo; Mis padres salieron de paseo sin que me avisaran.
 - Circunstancia de finalidad: Nos explicaron el problema para que lo entenderíamos.
- Estas oraciones pueden aparecer introducidas por la conjunción subordinante que precedida de una preposición.

4. Oraciones subordinadas con otras funciones

- Complemento de un sustantivo:
Yo tenía la seguridad de que todo iría bien aquella mañana.
Complemento de un adjetivo:
Mi familia estaba convencida de que aprobaría todos los exámenes.

Estilo directo y estilo indirecto

Cuando al hablar o al escribir reproducimos lo que ha dicho otra persona, podemos hacerlo de dos formas: en estilo directo o en estilo indirecto.

• Con el **estilo directo** reproducimos textualmente las palabras de alguien: *María contestó: «Nunca seré capaz de hacer lo que me pides».*

• Con el **estilo indirecto** expresamos con nuestras propias palabras la intervención de la persona a la que citamos: *María contestó que nunca sería capaz de hacer lo que se le pedía.*

Desde el punto de vista sintáctico, las dos formas de cita son oraciones subordinadas sustantivas de complemento directo; sin nexo, en el estilo directo y con el nexo *que* en el indirecto.

ACTIVIDADES



- 1- Señalamos las oraciones sustantivas que aparecen en las siguientes oraciones compuestas y explicamos su función sintáctica.
- Cuando llegamos a casa, su padre nos dijo que se habían marchado todos al cine.
 - La joven que conocimos el año pasado insiste en que vayamos a su país este verano.
 - Los participantes en la carrera empezaron a correr antes de que dieran la señal.
 - A mi padre le molesta mucho que no vayamos al campo los fines de semana.
 - Los alumnos están muy contentos de que todos hayan aprobado el examen de química.
2. Sustituimos los grupos nominales destacados en cursiva en las siguientes oraciones compuestas por una oración sustantiva. Observamos el modelo.
- La idea de su partida me entristece. La idea de que tenga que marcharse me entristece.
 - Le interesa mucho el estudio de sus *alumnos*.
 - El director notificó su cese.
 - Los jugadores pidieron la dimisión del entrenador.
 - Elena confía mucho en la ayuda de sus amigos.

- Se fueron al campo sin el permiso de sus padres.
3. Demostramos que la oración subordinada que aparece destacada en negrita en la siguiente oración compuesta cumple la función de sujeto.
- A Julia le gusta que Varguitas la lleve al teatro.**
- 4- Leemos el texto y realizamos las actividades que nos proponemos.
- Qué madrugador, señor Camacho – lo saludé, metiendo la mitad del cuerpo en la habitación.
 - Sin apartar los ojos del papel, se limitó a indicarme, con un movimiento autoritario de la cabeza, que me callara o esperase, o ambas cosas. Opté por lo último, y, mientras él terminaba su frase, observé que tenía la mesa cubierta de papeles mecanografiados, y que en el suelo había algunas hojas arrugadas, enviadas allí a falta de basurero. Poco después apartó las manos del teclado, me miró, se puso de pie, me estiró su diestra ceremoniosa y respondió a mi saludó con una sentencia:
 - Para el arte no hay horario. Muy buenos días, mi amigo.
- Mario Vargas Llosas
La tía Julia y el escritor

4.1. Señalamos el valor gramatical de las palabras que aparecen en cursiva.

4.2. Realizamos el análisis sintáctico completo del siguiente grupo oracional:

“Después supe que había comprado el pasaje vendiendo sus anillos, aretes, prendedores, casi toda su ropa”. (En “La tía Julia y el escribidor”).

5. Explicamos las incorrecciones gramaticales de las siguientes oraciones complejas y las escribimos de nuevo de forma correcta

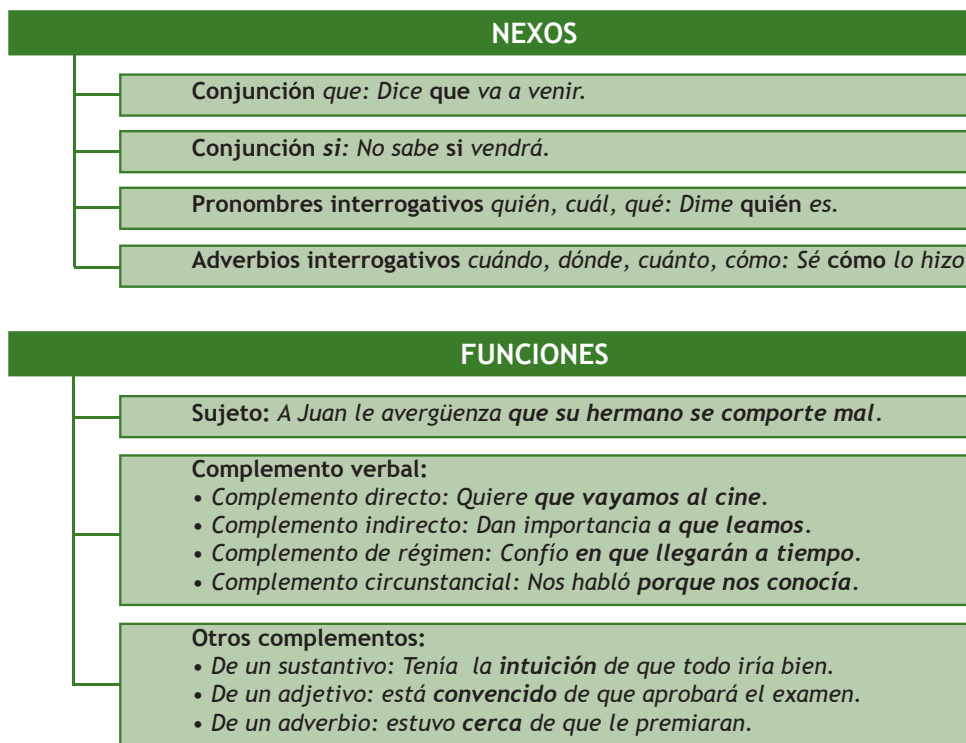
en tu cuaderno.

- Me alegre que hayan ganado el premio.
- Intenté de que viniera a la fiesta.
- Me acuerdo que cuando fuimos al cine ella no vino.
- Me consta de que él no estaba en clase ayer.
- Es seguro de que mañana lloverá.
- Está convencida que va a aprobar el examen.
- El profesor se enteró que habían ido al museo.
- No cabe duda que lo que dice es verdad.

Síntesis

• Las oraciones subordinadas sustantivas son oraciones incluidas en una oración compleja que se comportan sintácticamente como un sustantivo: Me gusta que mis amigos hagan deporte.

• Una oración subordinada es sustantiva si puede ser sustituida por un sustantivo o por un pronombre: A Juan le preocupa que los niños no hayan venido todavía. A Juan le preocupa su tardanza. A Juan le preocupas eso.



JOSEFINA PLÁ
(1903-2000)

Es española de origen, natural de las Islas Canarias. Su nombre y su obra están identificados con el quehacer artístico paraguayo.

Joven aún llega al Paraguay, en 1927. Junto con su esposo trabaja la cerámica y logra mejorar la técnica primitiva; sus creaciones son llevadas a numerosas exposiciones. De temperamento inquieto, sus inclinaciones la llevan a otros campos del arte: grabado, teatro, crítica literaria, periodismo, ensayo, historia del arte y poesía.

Participa del movimiento de renovación literaria con una conferencia radial que tituló “Poetas y poesía moderna”. Juntamente con Augusto Roa Bastos y Hérrib Campos Cervera forman, después de 1940, el grupo representativo y desde entonces, son continuados sus aportes dentro de literatura.

Sostiene hasta 1939 un diario radial literario, “Proal”, con Roque Centurión Miranda; en dicho programa se dan a conocer poetas contemporáneos.

Integra el cenáculo “Vy’ã raity”, con los poetas de la referida promoción, o sea, aquellos que se nuclearon en una búsqueda de contemporaneidad y que hacían sus publicaciones en el

diario “El País”.

Como periodista, fue redactora de “El Orden”, “La Tribuna”, “La Nación” y “El Liberal”. Durante años actuó como secretaria y asesora de la Escuela Municipal de Arte Escénico. También está considerada como la iniciadora del núcleo “Arte Nuevo”, surgido hace un cuarto de siglo.

Ejerció la cátedra universitaria en la Universidad Católica. Su labor ha merecido el reconocimiento de la Universidad Nacional de Asunción que le otorgó en 1981 el título de Doctor “Honoris Causa”.

La Academia Paraguaya de la Historia la ha incorporado como miembro de número.

Ha sido traductora, en prosa y verso, del inglés, portugués y francés.

Su obra poética

El precio de los sueños (1934), La raíz y la aurora (1960), Ros-

tros en el agua (1963), Invención de la muerte (1965), Satélites oscuros (1965), Tiempo y tiniebla (1982), Cambiar sueños por sombra (1984), Los treinta mil ausentes (1985).

Su producción narrativa: *La mano en la tierra (1963), El espejo y el canasto (1981), La pierna de Severina (1983), La muralla robada, (1989).*

Sus obras teatrales son:

Víctima propiciatoria (1927) La hermana impaciente (drama) Historia de un número (1969), Fiesta en el río (1977). Coautora con Roque Centurión Miranda de *Episodios Chaquenos (1924)*, traducida al guaraní; *Aquí no ha pasado nada*, premio del Ateneo Paraguayo (1942), *Sobre en blanco*, segundo premio y *La hora de Caín*. En 1944 cesa la publicación en común de estos autores.

Investigaciones realizadas por la autora: *Cuatro siglos de teatro en el Paraguay (1966), Aspectos de la cultura paraguaya (1965); Apuntes de una historia de la cultura paraguaya (1961).*

El abandono de la familia reflejado en un espejo

LECTURA

EL ESPEJO

de Josefina Plá, española, a Augusto Roa Bastos



Yo mismo he pedido pusieran mi sillón frente a este espejo, el espejo del ropero antiguo que ocupa casi todo un testero de la pieza. Un ropero imponente, de fina y compacta madera, que en una época más desahogada le pareció “demodé” a mi esposa —era de su abuela— y fue cambiado por otro, menos sugestivo de sólido bienestar, pero más modemo y vistoso.

El armario y yo estamos por igual arrinconados. El armario está lleno de trastos diversos, esas cosas heterogéneas que no se tiran porque cuelgan todavía de un pelo de sentimiento o una vaga esperanza de utilidad. Cosas que no se resuelve uno a echar a la basura, pero que a las que no se busca sino cuando es preciso. Como a mí.

El armario está a medio metro de los pies de mi sillón cama; el espejo me enfrenta vertical, inamovible, encuadrado en el oscuro panel cuyo lustre natural no pierde, antes gana, al correr del tiempo. El espejo es del ancho de mi sillón, del alto que yo tenía cuando aún estaba en pie. No se hacen ya espejos de ropero así, ahora. Estoy frente a él desde hace tiempo; desde aquel invierno en que, trasladado a esta pieza más pequeña en homenaje a los recién casados —ellos tenían que moverse, yo no— quedé más solo que antes, cuando ocupaba la pieza frente al pasillo y sentía circular la vida de la casa en su diario curso, como quien siente correr su sangre en los pulsos. La habitación no tiene ventanas.

—¿Te importa mucho que no haya vista afuera? —me preguntó mi esposa al mudarme aquí—.

Yo le dije con la cabeza que no, que no me importaba.

¿Qué iba a contestarle? ... Cualquier respuesta habría dado lo mismo. No había en la casa otra pieza disponible. ¿Y cómo decirle que para quien está clavado en su sillón sin remedio y sin indulto, un pedazo de montaña a lo lejos, un retazo de cielo con sus cambios de día a noche, de sol a lucero, de azul a gris, amarillo a

rosa, son su único viaje, su paseo único, su sola opción a alejarse de su cepo un instante?

Desde luego, la pareja joven no habría cabido en esta pieza, con su cama doble, sus mesillas y su ropero. Tal vez —por qué no imaginarlo un momento— de haber yo protestado se hubiesen arreglado los novios de otra manera, aunque no imagino cómo. Pero su descontento me hubiese perseguido en cada réplica, en cada mirada, en cada observación, en cada suspiro, en sus mismos silencios. En cada uno de sus cálculos para el futuro hubiese entrado la X de mi definitiva ausencia y subsiguiente vacancia de la pieza. Quizá piensen: Él ha visto montañas y cielo durante setenta años. Nosotros sólo hace treinta que los vemos. ¿Y de qué serviría que yo les dijese que por eso mismo, porque a mí me quedan menos años que a ellos para verlos, es injusto que yo esté sentenciado a no mirarlos más?

Sí. Soy yo quien menos derecho tiene a elegir su rincón en esta casa. Aunque yo la haya construido palmo a palmo, visto poner cada hilada de ladrillos, acariciado con mi mirada y probado con mis dedos cada paletada de mezcla. Yo levanté esta casa. Su hall, sus dormitorios y su comedor, su living, su cocina, su baño. La construí poco a poco, añadiendo habitaciones a medida que la familia crecía. Esta pieza donde estoy confinado fue la última. La construí pensando en los objetos más míos que había en la casa y que no quería que nadie tocara: libros, colecciones de diarios, instrumentos profesionales. (Todo desapareció hace tiempo; vendido, regalado, tirado; quizá anden por ahí desgualdramillados, alguna novela de Hugo Wast o algún folleto de O’Leary). Tenía una ventana; se tapió un día, unos meses antes de mi enfermedad, porque en la madera entró cupíí, y hubo que sacarla; no teníamos ya plata para pagar una ventana nueva. Yo tapié con mis propias manos la ventana, sin saber que cerraba mis ojos en vida para el cielo y los árboles.

Por eso pedí que pusieran acá este ropero, el ropero arrinconado en el fondo del pasillo y que varias veces ya había estado a punto de vender; lo hubiesen vendido ya si no fuera que daban por él una miseria. (Lo que decía mi esposa: la luna sola valía mucho más). Lo pusieron aquí, porque no podrían negar también esto a un desterrado. Yo lo soy. Desterrado del sol, que sólo en unos pocos días del invierno, cuando está más bajo, entra por el balcón del comedor y se alarga como un puñal de oro hasta el umbral de esta habitación (torciendo un poco el cuello, puedo verlo). Desterrado del paisaje y del aire que se pasea con las manos en los bolsillos de nada por las calles y plazas de las ciudades, por los valles y montañas del mundo. Quizá, si lo pidiese, me sacarán alguna vez al patio. Pero el sillón cama es pesado y fastidioso de manejar; y luego los enchufes... en fin, ni pensar en esto. Y además, ellos se han acostumbrado ya a crearme acostumbrado.

Mi hija Berta trajo el otro día unas flores recogidas en el campo durante un picnic. No cabían todas en el florero del comedor. Celia le ayudó a arreglarlas.

- Ya son demasiadas, ¿ves?
- ¿Qué hacemos con estas?
- Ponelas sobre la mesita de papá.
- ¿En ese jarrito desportillado?
- ¿Y qué más da? ¿Quién lo va a ver?

Me hace daño oír cosas así. Claro que no lo dicen para mí. Lo dicen entre ellas. Pero no les importa —es decir, no piensan en ello— si oírlo me va a hacer daño o no. Y por otra parte, no estoy tan seguro de que un silencio absoluto como el de mi esposa me satisficiera tampoco. Ella nunca me dice nada. Y su silencio, que quizá sea piedad, me suena unas veces a cruel indiferencia; otras veces a indiferente crueldad. Es como si me dijera:

— Ya estás clavado en ese sillón. ¿Qué es lo que puedes hacer, sino perfeccionarte para el entierro? ... Medio muerto ya. ¿Para qué querías saber de los árboles que florecen, de los arroyos que corren y de los pájaros que cantan? ... Mejor te olvidas de todo.

O como si la oyese cuchichear a los otros:

— No le digamos del sol en las hojas, ni de los árboles en flor, ni de las calles llenas de gentes que van y vienen contentas. ¿No véis que lo ha olvidado? ...

Pero nada de eso es verdad. No es cierto lo que piensa su egoísmo ni lo que quiere creer su piedad. Dos formas de un mismo egoísmo al fin y al cabo. Un egoísmo razonable por otra parte. Porque yo sé que no es posible tener siempre sentado sobre el alma este peso de mi cuerpo paralítico. Les impediría respirar. Como les impidió cantar a mis hijas durante un tiempo. Durante esos meses en que, perdida la esperanza de restablecerme, aún, todo les parecía poco para compensarme de lo que perdía; cuando vendieron muebles y alhajas para proporcionarme este sillón con enchufes en el respaldo, que puedo encender y apagar con solo aplicar la sien... (Cosa del marido de Berta, que tiene cierta imaginación, aunque por otro lado es un farabuti que no trabaja y cuando gana algo es para comprarse algo para él: un revolver, una grabadora, una motocicleta, pero nunca da un peso para la casa). Sí; durante meses, mis hijas enmudecieron. Eso pasó, sin embargo; el nudo de la garganta se cortó un día de primavera, y Berta y Celia cantaron otra vez.

Oírlas cantar no me desagradaba ahora. Más bien me gusta, con ese gusto ácido que toda alegría ajena tiene ahora para mí. Todavía pueden cantar y reír y poner un pie delante de otro; ir a donde quieren. Ahí está mi nieto Orlandito. Ahora empieza a caminar. (Él es también un paralítico a su modo. Un paralítico que aprende a moverse. Mientras que yo voy aprendiendo despacio a quedarme más quieto). A veces, en el comedor, Berta le enseña a poner sus piernecitas una delante de otra, y yo puedo seguir parte de la lección en el espejo:

— Ahora esta... Ahora la otra... Así.

Orlandito va hacia el mundo, hacia el cielo azul, la tierra verde, el río fugitivo. Aprende a recordar. ¡Yo vengo de ellos a aprender el olvido!

.....

Por eso hice poner frente a mí este espejo. Era una manera de no estar tan solo. De acompañarme yo mismo con algo más que este pensamiento que transita por mi cerebro, que no puede ya circular por mi cuerpo, que a veces se precipita angustiosamente, hasta sentir que me golpea y lastima la bóveda del cráneo, como una rata enjaulada. Este pensamiento que no puede salir de mi cuerpo y que no se dice a nadie. Aún suponiendo que yo pudiera humillarme hasta decirlo. Porque hay algo obscuro en el pensamiento que corre dentro de un cuerpo inmóvil, como una serpiente bajo una alfombra. ¿Pero acaso se les ocurre a ellos esto? Para ellos mi pensamiento libre, el pensamiento que traspasa muros y salta semanas y años atrás o adelante, se ha detenido en el mismo instante en que caí fulminado por el derrame en las escaleras de mi casa. Pero otras ansiedades que pudiera yo sentir no les inquietan; que la cabeza que corona este montón de miembros inútiles pueda pensar, no se les ocurre. No pueden —o no quieren— pensar que este cuerpo inmóvil puede sentir odio, hastío, asco, y hasta en ocasiones raras y truculentas¹ como relámpagos abriendo en mí una grieta nauseosa —un ansia inenarrable de vivir. Su imaginación se agotó mucho antes que su pena y su inquietud. Al principio, sí, se preocupaban por mí; les interesaba estar tranquilos, y para eso trataban de conocer mi pensamiento. Era cuando me hacían preguntas. Preguntas reiteradas girando disimuladamente en torno de sus propias inquietudes, no de las mías. Preguntaban cosas que no podía contestar, y mi desgano en responder los llevó a pensar —con qué alivio— que mi pensamiento dormía. Cesaron de interesarse por él.

Lo malo es que al cesar de interesarse por mi pensamiento, dejaron de interesarse por mi cuerpo también. Poco a poco —muy poco a poco, es cierto— dejó de atenderse con la escrupulosidad de antes. A veces me siento sucio, desamparadamente sucio. El pensamiento hiede como mis carnes empaquetadas en una ropa siempre excesiva, como mis axilas insuficientemente higienizadas.

— Quisiera afeitarme, Berta.

— El barbero está enfermo. No viene esta semana, papá.

Y luego, queriendo decir una gracia:

— Total, ¿a quién vas a agradecer?

La paciencia se hizo para las esperas largas, pero no para las eternidades; y esta espera se prolonga quizá demasiado. Cada vez se aproximan a mí con menos frecuencia. Su proximidad forzada, espaciada, a horas fijas, tiene la rigidez del deber y la frialdad del encargo.

— ¿Quieres un refresco?

- ¿Tomarías un café?
- ¿Te agradaría otra almohada?
- ¿Sentís frío?...

He catalogado sus preguntas. Diez y siete frases que se repiten con rara variante, como cuando me trajeron mi primer nieto; frases que se repiten día a día a lo largo de los trescientos sesenta y cinco del año. Sus sentimientos están fijados ya económicamente en esas frases. Y no conciben que los míos funcionen más allá o más acá de ellas.

Estas diez y siete frases son casi todo mi código de relaciones y he de conformarme, porque mi aporte es más pobre aún. Un sí. Un no. Un no sé. Muy poca cosa. El resto es silencio. Y mis horas se enlazan unas con otras como una cadena de eslabones arbitrariamente desiguales: largos tramos que son momentos, abreviados eslabones que son horas y horas de un sopor que me transporta de un día al siguiente en un angustiante duermevela como la negra barcaza tapiada de los piratas infantiles.

.....

Al principio tenía la radio. Era cuando estaba en la otra habitación. La pieza grande que da al pasillo. Había lugar, y a menudo, cuando no venían visitas, se reunían mi esposa y las muchachas para escuchar la radio, de sobremesa o de noche, acompañándome. Pero en esta pieza solo quepo yo. Y en el comedor mi esposa no quiere poner la radio. Y así yo estoy sin ella. Desde luego, las voces del aparato —avisos, goles, carcajadas de comedia fácil, gritos de orador de pacotilla— llegan hasta mí; pero es la radio que ellos disfrutaban lejos de mí, sin mí; no es la distracción que yo comparto con ellos y ellos conmigo; yo no participo de ella; al prender la radio no piensan nunca en mí: nunca me preguntan qué desearía escuchar. Al comienzo dijeron de comprar una pequeña radio de transistores, siquiera, para mí; pero nunca pudieron juntar plata para ello —bastante hacen para vivir con los sueldos de Berta y Celia— y no se compró.

En torno a la vieja radio que conserva su voz clara y fiel —la radio que yo compré para la alegría de la casa, y con cuya música inclusive yo bailé el día del compromiso de Berta, hace cinco años— se reúnen todos: mi esposa, Berta y su marido; Celia y su novio; Emilia, mi sobrinita; Luci, la vecinita que llega aquí a afilar porque su madre no tiene radio, y su pretendiente, un mocoso todavía; dos o tres jóvenes vecinas y vecinos. Antes no los invitaban, a causa mía. Por mi presencia. (¿O eran ellos los que no querían verme?). Una vez mi esposa sugirió que podría oír la radio “algunas noches, siquiera”. No quise. Aunque todos hubiesen insistido; y nadie, ni aún ella, insistió. Convertirme en espectáculo de esas gentes me resultaba intolerable. Pero además, repito, los programas que a ellos les encantan a mí me resultan horripilantes. Pensar que puedo morirme de pronto y que lo último que resuena en mis oídos sea el frenético bramar de un comentarista deportivo, o las incoherencias a go-go de un mísero melenudo vocalista, una frase de amor rancia de uno de esos radioteatros estúpidos... O una de esas frases de retórica demagógica... Deporte a mí, Novelas de amor a mí; Política a mí!...

¿Cuánto tiempo hace que no recibo visitas? Al principio las recibía. Y tras la horrible depresión de las primeras veces, el

sentimiento de inferioridad, el saberme allí, disminuido y amordazado, me divertí contando las variaciones que en la boca de los saludables pueden tener la misma frase hipócrita de consuelo. La promesa de salud. El “se te ve muy bien”... “Te encuentro mejor que la última vez”...

En esas frases falsas como monedas de plomo, retiñen el deseo de huir, su poquito de asco, la sensación de que cada instante allí es perdido para la alegría de vivir. Esto no es sólo de los mayores. Berta me trajo un día a Orlandito.

– Aquí está tu abuelito, Orlandito.

El chico se pone a llorar desesperadamente.

– ¡Orlandito! No sea pues así mi hijo. Es abuelito. Abuelito, ¿ve?

El chico llora más fuerte si cabe. No es para menos. Con mi barba crecida y canosa —el barbero cada vez es menos asiduo— con mis largos brazos flacos saliendo de la camisa remendada y las manos nudosas y amarillas, engarabitadas sobre las piernas, debo parecerle un monstruo. Se suelta de las manos de su madre, sale lo más de prisa que le dan sus piernecitas inexpertas.

Por eso quise estar frente a este espejo, mi otro yo, mi compañero. De noche cuando todo lo borra la sombra; cuando siento que pierdo en mi quietud de madera la realidad de mi existir, oprimo el botón de la luz con la sien derecha. La luz se prende, y me veo: veo al otro sentado frente a mí, inmóvil y amarillo como yo, insomne como yo, abandonado como yo. Nunca falta a la cita. Nunca tengo que esperarlo interminablemente, torturadamente, como al vaso de agua o el orinal. Está allí, sentado, atento, prisionero amordazado como yo, pero infaltable. Lo miro, él me mira... Y sus ojos son los ojos con que lo miro. (¿Quién dijo eso? ... Hace falta estar como yo estoy para saber qué verdad es eso). Son también los ojos con que lo veo. Y dialogamos:

– Gracias por estar ahí.

– No hay por qué.

– Tenés razón. Perdoname.

– No te veo muy animoso.

– Pero te veo todavía.

– ¿Por cuánto tiempo aún?..

– No puedo decírtelo. Decímelo vos a mí.

– ¿No tenés sueño?

– Acá dentro se vive como dentro de un bloque de vidrio. No podés ocultarte. Sólo la oscuridad te disuelve, te borra. Los dos dejamos de existir.

– ¿Vas a descansar?..

– Decímelo vos.

– Estás más flaco y amarillo.

– Pero me ves. Es algo.

– ¿Dónde irás cuando yo no esté aquí?..

– Estaré siempre contigo. Pero ya no seremos dos, sino uno solo. Apago la luz, sé que está allí, obediente y sin ausencias. De día, el “otro” tiene otro humor. Un humor tímido. Nos rehusamos a reconocernos, a mirarnos. El vidrio refleja además de cuando en cuando otras figuras. Figuras que se mueven en el comedor, entran y salen en su recuadro; en eso se conoce que están vivas.

Una vez entró en mi pieza el perrito, Ñato. Era el perro de Boni, mi esposa; de Berta luego. Ya era viejo; y al casarse Berta, sintió tal vez que el mundo se enfriaba en torno suyo. Nadie —pensó Ñato— le querría ya; quizá los niños: pero para aguantar a los niños se precisa optimismo y paciencia; y Ñato no los tenía ya. Ñato era

(1) Trucidar: despedazar// matar.

sólo eso: un perrito viejo y malhumorado. Siempre al paso de los otros, recibiendo reprimendas. Se sentía de más. Y comprendió con ese infalible instinto de los perros, que aquel era un lugar propicio al reposo, porque en él no entraba gente a menudo.

— Aquí se podrá descansar.

Y se aposentó en la habitación, se acostó a mis pies, se durmió. Y allí se acostumbró, maniático. Hay que llamarlo mucho para darle su pitanza. Ama más el sueño que la comida, y duerme, duerme a los pies de mi sillón cama. Como es pequeño, no alcanza a aparecer en el espejo. Sólo cuando sale de la pieza se encuadra un momento en la puerta su cuerpecito despechado, su cola raída, en retirada.

Ñato me acompañó muchos días. Cada día más tardo y despechado: Yo no podía ver si estaba o no a mis pies; pero siempre me lo dejaba saber un suspiro profundo salido de cuando en cuando de sus entrañas de perro; perro cansado y viejo para el cual la vida no ofrece ya atractivos. Un suspiro tan humanamente cargado de cansancio y desánimo, de descreimiento en el reposo, que a veces no podría yo estar muy seguro de que aquel suspiro no había salido de mis propias entrañas.

Así muchos días. Meses. ¿Cuántos? De pronto un día noté que Ñato no suspiraba más a los pies del sillón. Cuando Boni entró trayéndome la sopa, la puso sobre la mesa, se sentó para dármele a cucharadas, le pregunté:

¿Ñato?

— Lo enterramos hace tres días.

La miré.

— Era ya muy viejo. Estaba enfermo.

Otra mirada mía.

— Belí le pegó un tiro. No sintió nada.

(No, Belí, Ñato no sintió nada. Quien lo sintió fui yo. En alguna parte de mi cuerpo ajeno, un lento desgarrar como una tela que se abre sin ruido). Cerré los ojos.

— ¿No querés más sopa? ...

— No.

— ¿No querés algo más?...

Moví otra vez la cabeza.

— ¿Te sentís mal?..

Otra vez denegué.

— ¿Tenés sueño. ...

— Sí.

Se fue. Ñato me dolía allí donde tendría que haber entrado con placer la sopa. Su suspiro ausente me dolía y no me dejaba suspirar. No quería mirar al espejo: el cuadro de la puerta por la cual no vería alejarse su cola desilusionada, pura pelea. Pocos días después sentí la regocijada risa de Orlandito a la par del recién estrenado cómico ladrido de un perrito.

Orlandito tiene un cachorro nuevo. Pero el cachorro nunca entrará en mi cuarto. Nunca llegará a ser tan viejo como para eso.

Ayer fue domingo. Mi familia fue al cine. Toda, menos los niños que quedaron dormidos en sus respectivos cuartos. Celia quedó en casa con Emilia, la sobrinita, para cuidarlos. Fueron mi esposa, Berta, Luci, la vecinita, con su pretendiente, Ña Damiana, la madre. Celia quedó con Emilia, en el comedor. Un leve cuchicheo, a veces; una risita. Hojeaban revistas, y nadie pensaba en mí. ¿Saben ustedes lo que es estar en el mundo y saber que nadie piensa en uno?..

A veces sucede que uno tampoco piensa en los otros y así

nadie siente nada. Pero cuando se está en mi condición se piensa en todo el mundo, y entonces es cuando es horrible que nadie piense en uno.

El espejo refleja un rincón del comedor, el ocupado por el largo sofá donde se alinea la gente para conversar y que está un poco alejado de la mesa. Celia y Emilia estaban sentadas a la mesa, yo la oía, pero no las veía. Ya pasado un buen rato, alguien llamó. Era Braulio, el novio de Celia. Tenía permiso para venir a verla una hora ya que estaba Emilia para hacer de tomasita.

Entró y vi su silueta en el espejo al pasar hacia la mesa. Es delgado, un poco encorvado: tiene una carita pequeña, facciones menudas de chiquilín, aparentemente afable y simpático; a mí no me gusta; ¿pero quién me consulta? En casa están locos por él. Es un mitaí de suerte: a los veintidós años tiene un puesto bueno, auto, plata siempre en el bolsillo. A mí, repito, no me gusta. Pero Celia está loca por él. Y mi esposa... Berta ve en él el redentor de la casa.

Ha prometido puestos a todos. Hasta a mí. (Un puesto en el asilo). Cuando se case. Pero no había hablado aún de casarse. Se sentó al lado de Celia en el sofá: yo sólo veía a mi hija: él quedaba invisible. Conversaban en voz baja. Emilia seguía al parecer hojeando las revistas. Yo sentía el roce de las hojas.

Luego, éste cesó.

— ¡Emilia!

— Tengo mucho sueño.

— Aguantá un poco. Ya pronto vamos a dormir.

— ¿Por qué no la dejas irse a la cama?

— Mamá se enoja si vuelve y no la encuentra aquí.

— Pero yo me voy antes que tu mamá llegue.

Emilia se fue a dormir. Celia y Braulio quedaron sentados hablando. Ahora yo lo veía más a él: se había acercado más a Celia: sus cabezas estaban juntas. La conversación no me llegaba. Cuchicheaban. Cada vez más bajo. Pero luego vi las manos. Las manos de Braulio, invadiendo todo el rincón visible del espejo; invadiendo, como lepra movable, el cuerpo de Celia. Vi el rostro de mi hija en el espejo, su cabello cayendo hacia atrás. Vi su rostro y también su cuerpo; el cuerpo de mi hija develándose a mis ojos por vez primera desde su ya remota —y tan próxima— infancia (yo he visto a Celia en el Mbiguá pero el traje de baño más audaz no es el desafío a la imaginación que representa las más púdica bombacha de nylon). Y no cerré los ojos. Pues los hijos son nuestra vida misma que sigue sin nosotros, y era la vida también la que en aquellos momentos buscaba sus límites en la imagen del espejo. Vi el cuerpo de mi hija. Vi lo que es amor en una mujer que no es de uno, que está fuera del tiempo y el espacio para uno. Y es, sin embargo prolongación de nuestra carne desintegrada. Una parálisis que no era ya la del cuerpo me mantuvo así, sin gritar, sintiendo que por paralíticos que estemos, podemos estarlo un poco más. Hasta que de pronto el resorte de la voluntad adormecida se disparó sin yo mismo saber cómo, mi sien apretada contra el respaldo prendió la luz en mi habitación. La pareja se separó. A tiempo todavía.

Braulio se puso de pie. Qué largo fue el silencio. Yo veía su izquierda apretada arrugar nerviosa el paño del pantalón al costado. Oí su voz ronca:

— Me voy.

- Quedate un poco más.
- No.
- ¿Estás enojado?

Sin verlo, adivino su rostro de niño testarudo y mimado, frunciendo en el gesto de que ve arrebatársele de la boca el dulce que creía ya suyo. No le importa nada en ese instante: ni el rubor ni el íntimo trepidar de Celia; su pudor, hecho trizas ahora no antes; sólo su egoísmo insatisfecho. Braulio es malo; yo lo sé. Se pone su campera; se va. Celia no le acompaña. La puerta de calle se cierra con un chasquido. Celia está sentada, quieta. Sólo se ve una mitad de su cuerpo, que hace apenas unos momentos se volcaba ya desnudo sobre el sofá. Un brazo, un hombro sacudido por el lloro.

El noviazgo de Celia se ha roto, al parecer. Después de aquella noche, Braulio volvió dos o tres veces, pero ahora hace quince que no se le ve. Y Celia está descompuesta y pálida. Cuando entra a traerme algo, la miro en el espejo: adelgaza. No quiero mirarla a la cara. Me lastiman sus mejillas adelgazadas, sus ojos cargados como cielo con lluvia.

Braulio ha partido para Villarrica sin despedirse. Tiene allá otro empleo, dicen. Celia va y viene por la casa como un fantasma. Me pregunto, en mis largas horas, a oscuras, si aquella luz debió prenderse. Yo no prendo la luz. No quiero ver lo que me dice el otro.

Yo he oído primero que nadie los quejidos de Celia. Los otros han tardado un poco más. Las luces se encienden: pies que no tuvieron tiempo de calzarse se apresuran por toda la casa. Voces angustiadas de mi esposa, de Berta. Belí dice algo, enojado. Lloran los chicos. Emilia trata de acallarlos. Siento abrirse y cerrarse la puerta delantera: luego el zumbido de la motocicleta de Belí alejándose. Ahora mi esposa llora y Berta dice cosas incomprensibles en voz urgente y afligida, mientras Emilia va y viene a la cocina y los ruidos de la vajilla denuncian sus nervios desatados. Celia sigue quejándose desgarradoramente. Yo sigo sin prender mi luz; me oculto en la sombra como un cobarde. ¿Cómo puede en un cuerpo muerto haber tanta amargura desbordando la garganta, oxidando la lengua? Se oye otra vez la motocicleta: un coche detrás: luego, como si un cuerpo enorme se introdujese en la casa desquiciando sin rumor puertas y descuajando tabiques. Breves voces gruesas entran, crecen, regresan, se alejan. Ya no se oyen los quejidos de Celia. El automóvil parte y la motocicleta detrás. Se cierra la puerta de calle. Yo quedo en el centro del silencio. Un silencio. Un silencio que tiene el mismo tamaño de la noche...

Las luces llenas de la mañana me encuentran solo: siento la casa desvalidamente enorme en torno mío. En el patio ladra el perro de Orlandito, abandonado también. Hasta el otro del espejo me abandona: no quiere verme; yo he cerrado los ojos. ¿Qué podrían decirme los suyos?

Cuando la puerta de la casa se abre de nuevo, los pasos traen una calidad nueva: son desesperanzados, graves y urgentes. Arrastran muebles, dan órdenes recatadas. Una pausa luego: un coche se detiene junto a la puerta de calle. Sin que nadie me lo diga, sé que traen el cuerpo de Celia. Sin que nadie me diga nada, sé que es su cuerpo el que ponen sobre la mesa del comedor, trasladada a la pieza grande, aquella donde antes se reunían junto a mí para escuchar la radio. Sin verlos, veo el resplandor de los blandones. Sin oírlo, escucho el susurro de las cortinas. Sin oírlo, escucho cómo Boni le dice a Berta:

- ¿No se lo diremos a él?

- De ningún modo. Le haría mal.
- ¿Qué estará pensando.
- No se habrá dado cuenta.

Sin verlos ni oírlos veo y escucho la salida del fúnebre cortejo. Estoy abandonado como nunca. Frente a mí, inmóvil, el otro no me mira. No podría soportar mi mirada. Cierra los ojos. Espera. Espera esa hora definitiva en la que todos los pasos dicen adiós, esa hora que la gente descuenta siempre de su tiempo como la moneda que se da por compromiso. Y la casa se vacía, se vacía de ruidos y de voces. En silencio espera para levantarse la ausencia de Celia, algo que se despega como un vaho de la pieza mortuoria, de la mesa enfaldada de negro; avanza como un aire pesado, como el relente soso —tierra y vacío— de un viejo cántaro seco, por el pasillo. Está aquí, en la puerta. Penetra enorme nauseoso; me toma por la espalda, me sumerge, entra por mis poros, me sube hasta el corazón, me sale por los ojos en lágrimas que el otro no ve, no verá nunca.

.....
 Cuando vuelven, ya anochecido, los pasos y las voces son como pisando tierra blanda. No se pone la mesa para cenar. Emilia me trae leche por toda comida y dice al salir, de un tirón, como echando un paquete sobre una silla:

- Celia se fue a Formosa.
- Es verdad que Celia hace rato quería irse allí. Yo no pregunto:
- ¿Sin despedirse de mí?

¿Para qué? ¿Para que tengan que seguir mintiendo? Pero escucho sin oír:

- No ha preguntado nada...
- Nada.
- ¿Lo ves? El pobre ya no gobierna.

.....
 Cuando se es pobre, pobre, se echa mano, en los apuros, de cuanto se tiene, para remediar. Mi esposa ha vendido seguramente sus joyitas últimas para pagar el entierro. Luego ella y Berta han recorrido la casa buscando por todos los rincones que es lo que se puede vender. Y han encontrado el ropero. Dan poco por él. Pero lo poco que den viene bien. Lo compra la madre de Lucí, la vecinita, que se casa pronto. Lo van a modernizar, dicen, sacándole el horrible cajón de abajo, desmochándole el frontispicio que lo hace parecer un retablo. Se lo llevarán y el espejo se irá con él. Hoy amanecí sin el ropero. Sin el espejo. Inútilmente prendo la luz de noche. Ya no existo. Nadie me mira cuando yo lo veo. Estoy listo para el entierro. Estoy maduro para la muerte. Esta mañana Berta lo ha dicho. Lo he oído sin escucharlo:

- Papá está muy mal. Fíjense la cara que tiene.

Hay demasiado silencio en la casa. Es cierto que ya no está Celia. Pero tampoco están las criaturas. No sé dónde se los han llevado. Piensan que no deben estar por acá, estos días. Tampoco se oye al perro. No me interesa. Mi esposa y Berta entran más a menudo en el cuarto. Me dirigen rápidas ojeadas. Me hablan. Pero no las oigo. No quiero oírlas. Es otra voz dentro de mí, lo que estoy tratando de escuchar. Una voz que tiene algo para decirme; algo que no sé qué es, pero que preciso oír para cerrar los ojos en paz y encontrar en el fondo de ellos algo parecido a un espejo. Un espejo infinitamente vacío donde “él” ya no me espera. (1962-1966)

Camino hacia la lectura

- Leemos atentamente el cuento.
- La intención de la autora es presentar al lector la situación psicológica por la que pasa un hombre hemipléjico arrinconado por su propia familia, condenado a la soledad y al abandono.

ANÁLISIS Y COMENTARIO

Luego de la lectura atenta respondemos a las siguientes consignas.

1. ¿Qué simbolizan los siguientes elementos?
 - el espejo
 - el armario
 - la radio
2. Justificamos con dos razones el conflicto planteado:
 - Entre el enfermo y su familia
 - El conflicto interior (consigo mismo)
3. Basándonos en el texto, caracterizamos la actitud psicológica del personaje principal.
 - ¿Sigue integrando la familia? ¿Qué situación la ilustra?
4. Describimos el proceso del descuido y abandono al que era sometido el enfermo.
5. Interpretamos el sentido de la protesta final. Se cumple la intencionalidad de la escritora. Para responder correctamente, leemos nuevamente el párrafo final. Concluimos nuestro trabajo exponiendo nuestras conclusiones en la pizarra. El profesor evalúa la actividad realizada.
6. Después de la lectura. Creamos un cuento con un tema similar, pero con un desenlace diferente.

CAMPO REFERENCIAL**La valoración final en el comentario de texto****La valoración final o juicio crítico**

En la última fase del comentario debemos sintetizar brevemente nuestras afirmaciones y establecer unas conclusiones generales a partir de una posición objetiva, razonada y rigurosa. Se trata de realizar una valoración crítica —no en el sentido de atacar el texto— y poner de manifiesto sus logros, los recursos más brillantes y los elementos que lo diferencian de los demás textos.

Se debe:

1. Sistematizar brevemente las ideas vertidas a lo largo del comentario.
2. Establecer unas consecuencias: relacionarlo con su época, apreciar su riqueza (léxica, de recursos, etc.) y resaltar su calidad estilística, originalidad y corrección.
3. Mencionar sucintamente las evocaciones y las connotaciones que nos sugiere el texto.
4. Concluir con un balance final razonado y expresado en una frase rotunda y convincente.

No se debe:

1. Afirmar sin argumentar. Cualquier criterio puede ser válido, siempre que esté basado en el rigor y en pruebas o argumentos que corroboren nuestras tesis.
2. Dejar libre la imaginación y expresar opiniones fantasiosas, impresiones sin fundamento lógico o divagar fuera del objeto de nuestro comentario.
3. Emitir juicios de valor sin argumentar y de carácter simplista («no me ha gustado») o pueril («es aburrido»).
4. Repetir fragmentos de frases anteriores del comentario, que, además de alargar el escrito, no aportan nada nuevo. Una síntesis no es una repetición sino una sistematización.

El objetivo final es mostrar que hemos comprendido globalmente el texto. Y todo ello en un párrafo o fragmento, no excesivamente largo, para no caer en repeticiones ni en juicios demasiado extensos.